

Pourrons-nous vivre ensemble? égaux et différents

Comentar el más reciente libro de Alain Touraine, figura importante de la sociología contemporánea, es una empresa bastante difícil, ya que es imposible dar cuenta de todos los aspectos que en esta obra se desarrollan. Igualmente, las posibles líneas de discusión que se despliegan son innumerables. Sin embargo, se intentará hacer una reflexión sobre el contexto en el que esta obra aparece, pasando después a algunos comentarios que sintetizan el argumento central del libro y, finalmente, señalar cuatro puntos que se desprenden de una lectura interesada en este sugerente análisis.

Este libro es pretencioso en su objetivo: Touraine parece querer dar cuenta de dos cosas distintas, pero muy relacionadas, a lo largo del mismo; por una parte es una especie de intento por aprehender lo que ha sido el desarrollo del pensamiento sociológico del siglo XX en sus ejes principales; y por otro lado es un ajuste de cuentas teórico del propio autor en relación a dicho pensamiento y a su propia obra.

El mismo A. Touraine describe su propia trayectoria como sociólogo, a partir de su interés inicial en relación al estudio de la sociedad industrial, y cómo, después de la guerra, se enfrentó “a un mundo que no entendía”.¹ Después de la liberación, se

¹ Touraine, Alain. Conferencia Inaugural, en *Diálogos* Ed. Universidad Iberoamericana, México, D.F., 1995.

CRISTINA
PALOMAR ♦

Alain Touraine.
Pourrons-nous vivre ensemble? égaux et différents.
Ed. Fayard, París,
1997

♦ Es investigadora del Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara



encontró sin métodos adecuados de trabajo, se convirtió en autodidacta y terminó sus estudios viajando y realizando toda suerte de cosas, como trabajar en minas de carbón y otras partes. Posteriormente, participó en lo que él mismo llama “una visión ingenua pero muy sincera de la modernización”. Se fue a estudiar a Estados Unidos y confirmó su confianza ingenua en un modelo clásico de modernidad.

Después vino para Touraine un segundo periodo dominado por el tema de los movimientos sociales. Y, a partir de los años ochenta, comenzó a tomar distancia y a tener una visión más global, más radical, planteando una posición más distante e interrogativa. En sus acercamientos a América Latina encontró un continente lleno de problemas y de algo que comenzaba a llamarse la *desmodernidad*.

En los últimos años, Touraine se comprometió en la elaboración de un concepto de la democracia no en términos puramente institucionales, sino como una mediación, expresándolo en la frase “cómo vivir juntos con nuestras diferencias”, fórmula utilizada por un movimiento social de jóvenes inmigrados de Argelia en Francia que, en una gran marcha que hicieron, utilizaron la consigna: “Vivamos juntos con nuestras diferencias”. Comenzó entonces a reflexionar a partir de una obra de John Rawls en donde se formulaba la cuestión de cómo hacer para que vivan juntos, bajo las mismas leyes, gente con ideas, valores y creencias distintas. El *quid* era cómo combinar unidad y diversidad, y Touraine convirtió este problema en el tema de la democracia de hoy.

En su trayectoria reflexiva, Touraine encuentra otra mediación que termina convirtiéndose en su

tema central en los últimos diez años –y que es el hilo medular de la obra que nos ocupa–, la cuestión del Sujeto. Ante la pregunta de ¿cómo combinar unidad y diversidad?, lanza la respuesta de que se requieren medidas institucionales como la democracia y no pueden realizarse sino a nivel de la vida individual.

Touraine propone que, en lugar de volver atrás, a la unidad del modelo clásico, habría que pensar cómo combinar, en lo que llamamos la sociedad, el instrumentalismo con la identidad, la acción estratégica con el “mundo vivido”, a nivel de proyectos e historias de vida. Su propuesta es, por lo tanto, un individualismo definido por una doble resistencia: por un lado, al instrumentalismo de mercado y, por el otro, al aspecto cerrado, autoritario, intolerante de los movimientos neocomunitarios.

Contra la tendencia a la desmodernización, las fuerzas que Touraine considera efectivas son, primero, la autonomización del sistema político y, segundo, la formación de actores sociales con capacidad para combinar y articular la defensa rupturista con el esfuerzo de participación democratizante. Es una visión poco optimista porque la distancia entre ambos elementos es grande y las posibilidades, los factores de ruptura, las contradicciones internas dentro de los movimientos son muy consistentes. El autor toma en cuenta esta fragilidad del proceso y deja como resultado importante la aparición de experiencias que unen la protesta social con el proceso de democratización, en lugar de buscar una alianza entre la protesta social y la toma revolucionaria del poder.

Es en este proceso reflexivo que Touraine escribe, en 1992, su *Crítica a la modernidad*, obra de la que toma distancia en *Pourrons-nous vivre*



ensemble? Señala (p. 108) que la primera fue escrita con una perspectiva optimista que buscaba enriquecer y equilibrar la noción de modernidad, definiéndola tanto por el individualismo moral como por el progreso de la racionalidad instrumental. Situaba entonces el tema de la subjetivación en el mismo plano que el de la racionalización. En su última obra sostiene este análisis, precisando que durante la primera etapa de la modernidad, frente al desarrollo de la sociedad industrial, racionalización e individualismo moral no han podido unirse más que en el cuadro concreto del Estado nacional republicano y de una concepción del ser humano como ciudadano sometido libremente a las leyes que protegen sus libertades y organizan la búsqueda racional del interés colectivo.

Podemos decir que posteriormente a su crítica a la modernidad, en la cual resultaba relativamente claro y cierto aquello que se criticaba, Touraine sufrió un serio desencanto, del cual no logra sobreponerse con las respuestas que construye en la obra que nos ocupa. Desencanto que se traduce en una posición pesimista y que explica su insistencia reiterativa en que, si existe una salida en un panorama tan desolado, se encuentra en el Sujeto y ahí es donde hay que reforzar las posibilidades de enfrentar el desgarramiento del mundo social.

Pourrons-nous vivre ensemble? es, pues, una obra muy amplia, en la que el autor trata de replantear los puntos de partida de su pensamiento sociológico, ensayando esa nueva salida: la del proceso de subjetivación como única salida a la ruptura que produce la globalización, por un lado, y la identidad comunitaria por el otro. Plantea la subjetivación como la construcción del Sujeto (siempre

con mayúscula) por la búsqueda de una felicidad que no puede nacer más que de la recomposición de una experiencia de vida personal autónoma, que no puede y no quiere escoger entre los dos polos que se le ofrecen. Este trabajo de articulación está siempre amenazado y siempre inacabado.

Se trata de una obra estructurada de una manera muy cartesiana: su lógica argumentativa es impecable y avanza poco a poco desarrollando cada elemento de su nueva percepción de la situación social en un mundo globalizado, en la que es inevitable la sensación de escuchar un paradójico lamento nostálgico por el estallamiento de la modernidad, por la ruptura de los lazos entre la libertad personal y la eficiencia colectiva, y por la creciente disociación entre sistema y actor.

A pesar de que el autor reconoce que el proceso histórico no podía más que desembocar en lo que ahora presenciamos, se advierte su desconcierto ante la insuficiencia que los nuevos contextos plantean a lo que durante mucho tiempo se tomó como certeza en la sociología crítica de la modernidad. Y es ese desconcierto el que lo impulsa a realizar el esfuerzo conceptual de este libro, para proponer nuevas visiones teóricas ante los nuevos problemas que plantean las sociedades de fin de siglo.

Touraine avanza sentando cuidadosamente las bases argumentativas para plantear después su pregunta central; va aclarando los conceptos y delimitando su universo de preocupación, sitúa las coordenadas de su reflexión en relación al desarrollo de su propia trayectoria teórica y a la de otros autores. Despeja las ambigüedades respecto a los términos utilizados y define claramente el sentido de su argumento.



En el punto de partida de esta obra, Touraine elabora conceptualmente la disociación de dos universos, el de la globalización y el de la recomunitarización, elaborando una serie de antinomias: en el primer grupo encontramos las técnicas y los mercados, el empleo, la razón instrumental, las economías, los intercambios, los sistemas y los signos; en el segundo, la comunidad, las culturas, la memoria colectiva, las identidades, el actor y el sentido.

Touraine estructura su libro en dos partes: 1) La producción de sí y 2) vivir juntos. En la primera parte se dedica a definir la desmodernización, a partir de la explicación del modelo clásico, hasta el punto del dilema actual. Luego expone su hipótesis del Sujeto como salida ante la crisis de la desmodernización, elabora el proceso de subjetivación y define diferentes sujetos: el sujeto político, el sujeto de la historia, el actor social. En otro apartado retoma sus planteamientos de los movimientos sociales, estableciendo las diferencias entre “movimientos sociales” y los “movimientos societales”, y en el último apartado trabaja las particularidades de la alta, media y baja modernidad, haciendo una lectura de Hannah Arendt y concluyendo que es el hecho de la desmodernización lo que nos impide encontrar una vía en el mundo objetivo, y que este pasaje no puede ya ser garantizado por las instituciones o por la confianza en las leyes de la historia. No puede ser construido, dice Touraine, más que por la idea del Sujeto, definido como un “*passeur*” entre dos universos.

Esta primera parte tiene como centro la vida social “desde abajo”, como dice el autor (p.195), a partir de la voluntad personal de individuación que nos empuja a combinar la personalidad individual y la herencia cultural con la participación en

el mundo de las técnicas, de la economía y de la gestión de la vida colectiva para construir la experiencia de vida personal. La pregunta fundamental queda formulada como sigue: ¿Cómo, a partir de lo que algunos consideraron una posición tan individualista, puede superarse el problema de la vida social, de su organización y de sus instituciones? Y la respuesta que propone el autor es que el Sujeto no se confunde con el individuo, sino que es entendido como un trabajo, siempre amenazado, jamás terminado, de defensa, del actor desgarrado por las fuerzas contrarias de su actividad instrumental y de sus identidades culturales. No se trata del individuo y del Yo, de lo que se trata su análisis, sino de la desmodernización, de la creciente dislocación de las sociedades modernas. A partir de ahí, Touraine se plantea explicitar por qué el llamado al Sujeto es la única respuesta disponible en este momento a su pregunta inicial.

La segunda parte de su obra inicia con una hipótesis: únicamente la idea del Sujeto puede crear no solamente un campo de acción personal, sino sobre todo, un espacio de libertad pública. No lograremos vivir juntos más que si reconocemos que nuestra tarea conjunta es combinar acción instrumental e identidad cultural; por tanto, si cada uno de nosotros se construye como Sujeto y si fabricamos leyes, instituciones y formas de organización social cuya meta principal sea proteger nuestra demanda de vivir como Sujetos de nuestra propia experiencia. Sin este principio central y mediador, la combinación de las dos caras de nuestra existencia se vuelve imposible.

Con esto, pasa Touraine a una exposición en torno a la sociedad multicultural y los elementos



que la integran: la tolerancia, el comunitarismo, la política de la identidad, la inmigración, la etnicidad, la diferencia de género. Intenta mostrar que la democracia debe ser definida como la política del Sujeto, como el régimen que da a la mayoría las mayores posibilidades de éxito en su individuación, en su intento por vivir como Sujetos. Esto, considera el autor, es ir más lejos que la imagen de la vieja democracia directa, expresión de la voluntad general, y más lejos aún que la identificación de la nación y del Estado.

En los capítulos subsiguientes analiza la nación y la democracia, para aterrizar en un capítulo llamado "*L'ecole du Sujet*", en el que plantea la necesidad de que la educación deje de estar al servicio de cualquier intento de "socialización" y más bien colabore en la educación del Sujeto para la libertad; el apartado final es una reflexión en torno a la ética y la política, en donde condensa las conclusiones de su trayecto a través de todo el libro.

Estos cuatro capítulos tienen todos el mismo objetivo: combatir insistentemente en dos frentes, por un lado, contra las ideologías y las políticas comunitaristas, y por el otro, contra la ideología neo-liberal que disuelve las sociedades reales en los mercados y las redes globalizadas; pero también, más allá de estas posiciones críticas, Touraine pone en el centro del análisis y de la acción, no a la sociedad, sus necesidades, sus funciones y su conciencia, sino al Sujeto personal, su resistencia, sus esperanzas y sus fracasos (p.197).

El mismo autor señala que "la idea central de este libro es que la única manera de rechazar a la vez el poder absoluto de los mercados y la dictadura de las comunidades es ponerse al servicio del

Sujeto personal y de su libertad, luchando en los dos frentes, aquél de los flujos desocializados de la economía y aquél de la cerrazón de los regímenes neocomunitaristas” (p.355).

* * *

Abrir líneas de discusión a partir de este texto es algo complicado, dada la dimensión del mismo y de la gran cantidad de líneas que se articulan ahí. Por lo tanto, solamente se puntualizarán cuatro cuestiones:

1. El primer punto es el relativo a la manera como Touraine elabora la cuestión del Sujeto personal, que podría discutirse muy largamente, pero solamente se abordará aquí un aspecto muy general. Es muy interesante el planteamiento del autor y cómo éste parece desprenderse del intento teórico por comprender la estructura social “desde abajo”, es decir, a partir de la escala individual. Sin embargo, lo que hace es elaborar una idea sociológica del Sujeto, sin tomar en cuenta los desarrollos teóricos no sociológicos a propósito de la subjetividad y otros campos de trabajo cuyos aportes específicos a esta cuestión no deberían pasarse por alto. Aunque el autor hace un par de referencias a Freud, ambas a partir de la no correspondencia entre el individuo y el orden social (sin especificar de dónde toma esto y sin incluir en su bibliografía ninguna obra de Freud), deja de lado las aportaciones fundamentales que el desarrollo del psicoanálisis, como campo específico para la comprensión del sujeto, ha producido. Particularmente es curiosa la omisión a los trabajos de su compatriota y contemporáneo Jacques Lacan (muerto en 1979) a este



respecto. A pesar de esas omisiones, parece gravitar sobre las ideas de Touraine respecto al Sujeto un “aire psicoanalítico” que vuelve confusa la manera de plantearlo.

Touraine habla del Sujeto personal que -aclara- no es lo mismo que el individuo. Señala también una diferencia entre el “*je*” y el “*moi*”, que no explicita suficientemente y que parece hacer referencia a lo que justamente Lacan trabajó en una conferencia presentada en 1960, en el Coloquio Filosófico Internacional, titulada “*Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*”. Lacan establece la diferencia entre el Yo, como instancia imaginaria que da una unidad aparente al sujeto, y el *Je*, como el significante del sujeto de la enunciación.

En Touraine no se entiende cuál es la especificidad del uso de ambas cosas, pero su discurso parece funcionar a partir de la idea del Yo, lo cual es muy interesante: el autor plantea que el Sujeto personal es la única salida frente al jaloneo externo del mundo globalizado y las tendencias a la recomunitarización, y parece que esa fe en el Sujeto proviene de concebirlo como unidad. Con esto parece hacer una analogía entre el Yo y el Sujeto. Pero he ahí que esa fragmentación que Touraine advierte en el mundo social también existe al interior del sujeto.

Justamente es ésta la piedra angular de la propuesta psicoanalítica respecto al sujeto: el sujeto no puede confundirse con el yo. El sujeto es un sujeto escindido y aparece como aquello que está exiliado de la función de la unidad; la unidad es cuestión del yo, no del sujeto. Y aunque Touraine habla de una “muerte del yo” como consecuencia de

la descomposición del modelo social, es muy confusa su referencia al Sujeto que, finalmente, parece, en su individualidad, ser unitario.

Hay cierta lógica argumentativa en que esto sea así, y lo dice Touraine en la página 76: “Sin la muerte de la sociedad y del Yo, la búsqueda y la defensa del Sujeto no tendría sentido”.

Lo interesante de todo esto es que Touraine no logra entrever que ese sufrimiento para el sujeto, que él sitúa en el desgarramiento del mundo social, es también una expresión del desgarramiento interno, y que la problemática de la formación rígida de identidades que se deriva de éste es la misma problemática de la identidad subjetiva. Menciona que en este contexto social desgarrado “ya no sabemos más quiénes somos”. La cuestión es que al plantear quién, se toca el nódulo de la conformación de la subjetividad, también en el terreno ontológico. Aquí es donde la posición posmoderna intersecta con el pensamiento psicoanalítico, tema complejo y de gran interés.

2. El segundo punto es la relevancia central que Touraine otorga a la relación intrasubjetiva en el terreno de la defensa del Sujeto personal, como espacio de los afectos y de la comunicación con el Otro: “Solamente la relación amorosa puede colmar la distancia entre el universo del erotismo y el de los gustos culturales, sociales o políticos, al darle a la relación con el Otro –del sexo que sea– un lugar central. El erotismo, la comunidad de gustos y el reconocimiento del Otro como Sujeto se combinan en la unidad de una relación amorosa definida como deseo dirigido al Otro y hacia su deseo, Otro que está formado también de esta combinación de erotismo, de comunidad de gustos y de reconoci-



miento del Otro como Sujeto. El amor... es un llamado del individuo a sí mismo, a su libre creación, a su placer y a su felicidad” (p. 82-83).

En este contexto, la relación entre hombres y mujeres tiene una importancia fundamental como espacio para el encuentro subjetivo, cruzado además por la diferencia de sexo, por el tema de género, por el conflicto de las identidades y por el movimiento feminista.

Que un intelectual reconocido de la talla y el prestigio de Touraine haga un reconocimiento a los aportes del pensamiento feminista es un elemento relevante para ilustrar a quienes todavía cuestionan su legitimidad en el mundo académico y de la teoría social, y su propuesta para la reflexión en torno a la democracia como modo de convivencia.

Touraine resume brillantemente lo que es el núcleo fundamental de la propuesta feminista: “La acción liberadora de las mujeres ha puesto fin a la identificación de una categoría particular de seres humanos, en el plano universal. Ya no es posible ahora otorgar una figura central, única, al Sujeto humano: *no hay nada por encima de la dualidad del hombre y de la mujer* (p. 226) [las cursivas son mías, CP]. Al mismo tiempo se muestra que el Sujeto es a la vez pertenencia a la racionalidad y experiencia cultural particular, ya que hombres y mujeres son a la vez semejantes como seres pensantes, trabajando y actuando racionalmente, y son diferentes biológica y culturalmente, en la formación de su personalidad, en su imagen de sí mismos y en sus relaciones con el Otro” (p. 227). Agrega que sin estos cuestionamientos, la idea del Sujeto, tal como es analizada ahora, no podría ponerse en el centro de la reflexión sobre las prácticas so-

ciales, de los movimientos sociales y de las ideas liberadoras actuales, ni podría haberse constituido ni ser formulada.

3. El tercer punto que me parece interesante señalar es la visión evidentemente sociológica, a diferencia de lo que sería una visión antropológica, de la crisis social actual. Me parece que Touraine opera sobre un antagonismo radical entre los procesos económicos y los fenómenos culturales. Sitúa a la globalización económica en uno de los extremos y a los procesos culturales de las comunidades en el otro. No queda muy claro si el autor no considera una relación entre ambos extremos, y qué tipo de relación sería.

No obstante, la definición de Touraine de la palabra cultura parecería considerar el vínculo entre ambos universos. En su *Conferencia en la Ibero*, en 1995, dice: “La idea de cultura es una idea muy moderna, la de comunidad es muy arcaica. La idea de cultura es la de un sistema de orientaciones y prácticas. En términos concretos, la mejor definición que conozco es la de dar sentido a la naturaleza, es decir, que hay una combinación interiorizada de técnicas y principios universalistas con el movimiento de la modernidad que limita, y muchas veces destruye, la parte intermedia que es la conciencia del nosotros, el aspecto integrado social”. A partir de esto, su propuesta es que hay que dar una autonomía creciente a la cultura frente a la comunidad. Plantea que, en la práctica cultural, debe tenerse como meta la combinación, el multiculturalismo dentro de la unificación realizada no por valores superiores, sino por técnicas instrumentalizadas.

Podría entonces plantearse la siguiente pregunta: ¿No podría considerarse, más bien, parte de los

procesos culturales comunitarios esta opción por la instrumentalización, como una muestra del cambio de dirección en la elección de valores?

En el libro que nos ocupa, Touraine parece ampliar su definición de cultura:

“...Una cultura no es una visión del mundo, una ideología o un libro sagrado; es la asociación de técnicas de utilización de recursos naturales, de modos de integración a una colectividad y de referencias a una concepción del Sujeto, religiosa o humanista. No es un bloque de creencias y de prácticas, y puede por lo tanto transformarse cuando se modifica alguno de sus elementos” (p. 50).

4. Finalmente, una pregunta: ¿Cómo plantear la cuestión de la hegemonía en este contexto trabajado por Touraine de la desmodernización, del multiculturalismo, de la problemática de las identidades rígidas?

La idea de hegemonía se relaciona de manera muy íntima con la idea de identidad colectiva por oposición, así como a la discusión entre procesos hegemónicos, formación del Estado y cultura popular.

La idea de nación, en el texto de Touraine, aparece como la forma política de la sociedad moderna, compleja y cambiante, donde declinan las pertenencias particulares locales, étnicas o religiosas, y donde triunfa una racionalidad que se traduce en reglas administrativas, en sistemas de comunicación y en programas de educación.

¿Cómo pensar los procesos hegemónicos en el reconocimiento de las diferencias? Es fácil terminar la lectura de este libro de Touraine planteando la pregunta que lo titula: ¿Cómo convivir en la igualdad, siendo diferentes? 📖 📚
